

EL ISLEÑO,

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

PALMA.—Imprenta y Librería de Gelabert.—MAYOR.—D. Matías Mascaro.—IVIZA.—D. Joaquín Cícer.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demas puntos del reino 12 rs. ídem, franco de porte.

El gorro.

Sin saber como ni cuando, por arte de birlibirloque, me encontré hace días en mi mesa una carta abierta, de letra desconocida, sin fecha ni sobre, cuyo contenido es el que á continuación traslado. Dejo al lector que averigüe, si le interesa y puede, de quién es la carta, y solo añadiré que al lado de ella hallábase tambien un gorro griego, hendido. Esto aumentó mas mi curiosidad, y empecé á leer la epístola que decía así:

«Muy señor mio: vive en frente de mi casa una jóven de diez y siete á diez y ocho años, hermosa como el sol de primavera. Sus ojos son azules, y su boca encarnada y alegre parece un nido de besos, prontos á volar. Tiene los cabellos rubios, las mejillas sonrosadas, el talle flexible, la mano fina y el pié... yo no sé como tiene el pié; pero apuesto doble contra sencillo á que es breve como la orden de un teniente mal humorado.

«Mi corazon es inflamable como una cajilla de fósforos; ve á una mujer y arde; declárala su amor y sigue ardiendo, es correspondido y se le acaba el misto. Hecha esta aclaracion nadie extrañará que mi vecina me inspirase una pasion violenta, ni que desde el amanecer hasta el anochechar estuviese yo asomado detrás de los cristales del balcon de mi casa, haciendo mas señas que un telegrafo en época de revolucion. No era menos asidua á asomarse mi vecina, que se vestia, peinaba y aderezaba en un gabinete, con las cortinillas del balcon levantadas; de manera que sorprendia sus menores movimientos y cada vez iba enamorándome mas. Esto sin contar el tiempo que pasaba fisingando como yo al través de los cristales; hasta el punto de que para los curiosos debíamos parecer dos ánimas en pena, ó por mejor decir, dos figuras góticas pintadas en los vidrios.

«Cansado de mirarla y de ser mirado aventuréme un día á enseñarla un billete, escrito segun la moderna escuela, donde, como de costumbre, hacia grandes elogios de mi corazon—no era cosa de que yo hablase mal de él,—y la ofrecia una fidelidad eterna; con lo cual creí poco menos que asegurada mi conquista. ¡Error! No bien distinguí en mis manos el papel, cuando me volví asperamente las espaldas, como si la hubiese amenazado con puñal, veneno ó pistola. Quedéme al ver este desvío estupefacto y con el al. e de un empleado que acaba de recibir el oficio de cesantia, sin saber como explicarme la conducta de mi vecina, que por una parte no parecia disgustada de mi amor, y por otra me habia enseñado el prólogo de unas solennes calabazas. ¿Seria el natural pudor de doncella el que la habia obligado á rechazar tan bruscamente mis enamoradas ofertas y reudimientos? ¡Ay no! La casualidad, esa diosa burlona que juega con el hombre y los sucesos, esa cazadora de sorpresas que á lo mejor saca un mundo de la nada ó reduce á la nada un mundo, me dió la clave del proceder de mi vecina: amaba y no era yo el objeto de su amor.

«Era un garrido mancebo de agraciado semblante, que vivia en el piso segundo de mi casa, el que obtenia los favores de mi

vecina; aquel á quien ella miraba y el que como yo, aunque con mejor fortuna, permanecia tambien desde por la mañana hasta por la noche asomado al balcon. El día fatal en que le vi por primera vez tenia puesta una bata alfombrada y cubierta la cabeza con un gorro griego; el mismo que le remití á usted. ¡Ay! en aquel amargo trance, me creí mas digno del gorro que mi venturoso rival.

«El descubrimiento que acababa de hacer me puso de un humor áspero y desahogado; empecé á ver de color negro todas las cosas de la vida, lo cual me sucede muy á menudo; á renegar de mi destino de los hombres, de mi vecina y del gorro. ¡Qué reflexiones me inspiró el malhadado gorro! El es simbolo de todas las desdichas sociales. ¡Evitar siempre los gorros! Si tenéis casa y buena mesa, no os dejéis alucinar por las compañías de gorra; los gorristas os acosarán por todas partes, os comerán, os fumarán, os beberán, os harán palco de teatro, frac ó caballo, lo que mas necesiteis; y cuando á poder de transformaciones hayais llegado á la última, á la miseria, huirán de vuestro lado; mas para mayor escarnio os dejarán la gorra puesta! Muchas consideraciones podria hacer sobre el gorro y sus delegados, pero las omito, porque en boca cerrada no entran moscas.

«Apurando la materia, llegué á conocer que mi rival afortunado debia pecar de candoroso, cuando con el gorro puesto se atrevia á enamorarse; y de consecuencia en consecuencia deduje que debia tambien carecer de sentido comun, y le tuve lástima, siendo yo el lastimado; y resolví vengarme, no de él sino de la ingrata que habia hecho de mi un oso como Dios hizo una estatua de sal de una mujer.

«¡Un oso! Esta palabra penetró en mi corazon como agudo puñal. ¿Quién no ha visto rondar por las calles de la corte, de noche y de día, con sol, y con agua, á una inlinidad de sombras solitarias como el remordimiento, con el pescuezo estirado á la grulla, mirando á los balcones, suspirando y confiando sus penas á los portales ó á las esquinas? ¿Y quién no se ha reido alguna vez de estas desventuradas criaturas, que enamoran á cuatro vientos y que yendo á caza de una caricia suelen hallar un pasmo si es invierno ó un tabardillo si es verano? Galanes de balcones que enteran á todos menos á la amada de lo que piden, que pasan la vida en medio de la calle como el arroyo, diciendo ternezas al aire, que es el que se lleva sus palabras y hace bien en llevárselas, pues para otra cosa no sirven. ¿Quién no se ha horrorizado ante la idea de transfigurarse en fiera de esta especie, perseguida y cazada, sino con escopeta ni lazo, con sus sarcasmos y burlas, acechada por los vecinos que, como á un caballo de copas, dicen siempre al verle: «*Ahi vá*» y despreciado al fin y al cabo hasta por la misma dama que á la luz de la luna, entre una tos de ida y otra de vuelta, le encaja un *te amo*, el cual de miedo de ser devorado no suele casi nunca llegar á su destino? Este terrible pensamiento, como digo, me animó en mis planes de venganza, y resuelto á todo, entré en mi despacho, tomé la pluma, y evocando las imágenes de mi odio, escribí una carta concebida en estos términos:

«Señorita:

Al mirarla en el balcon siempre de cuerpo presente, un amor vivo y ardiente, inflamó mi corazon.

Atrevime á hacerla guiños y señas y cortesias; hice dos mil pollerías que amor nos convierte en niños.

La pasion que entra de pronto es ciega y no reflexiona; yo juzgué que mi persona no la asustaba y fui un tonto.

Ya he visto en esta ocasion que no la agradan mis trazas, y acepto las calabazas con toda resignacion.

No la volveré á enseñar cartas, ni seré molesto; me retiro, dejo el puesto y péñlos á la mar.

No vuelvo á implorar socorro: adore usted en buen hora al del gorro. ¡Yo, señora, no compito con un gorro!

Escrita la carta, busqué traza para que llegase á manos de mi vecina, y no hallé otra tan adecuada como la de sobornar á una vieja que era madrina de mi ingrata y que entonces por haber venido á menos, servia de aya. Era la tal, quintañona, remilgada y no suficientemente fea para vieja, que es cuanto hay que decir. Tenia los ojos escondidos en el cogote, como avergonzados de estar en semejante cara; la nariz afilada y larga, tanto que en caso de persecucion, su dueño hubiera podido ocultarse detrás de ella, como detrás de un biombo; la habla borracha, que á cada palabra daba un tropiezo; la barba prolongada como pescante de coche y mas arrugado el rostro, que un trapo á medio secar. Llorábanla los ojos, ignoro si de arrepentimiento por lo que habian pecado, ó de debilidad; era en fin la mas horrible criatura que pudo imaginar el diablo. No sé como logró inspirarme confianza la tal estantigua, que hubiera pasado por una broja en cualquier parte; pero la venganza, como el amor, es ciega y no se para en los medios con tal de conseguir sus fines.

Dile, pues, la carta y un napoleon, y ella por ganarse otro, que rejalgar se la vuelva, en vez de dar el billete á su ahijada, fué y se le entregó al señor del gorro, el cual, como es de suponer, se puso que cogía el cielo con las manos. Yo lo supe porque á la mañana siguiente vi entrar en mi casa á dos caballeros muy serios y muy atentos que venian de parte de mi ofendido rival á proponerme una funcion de pólvora ó sable. Quise demostrarles la inoportunidad de esta distraccion; mas no hubo medio de convencerlos, por lo cual apechugué con el lance que tan inopinadamente se me entraba por casa y comisioné á dos amigos para que arreglasen con los de mi rival las condiciones del desafio. Resolviéndose que este fuese á sable y á primera sangre, cosa que no me disgustó y á la madrugada siguiente me encaminé en un coche con mis padrinos al lugar de la catástrofe.

Ya me esperaba en él mi adversario, tanta era la impaciencia que por matarme tenia. Confieso con ingenuidad que al verle temblé; que un hombre que tan á pechos toma una ofensa hecha á su gorro, bien es para inspirar miedo al corazon mas

denodado, cuanto mas al mio. Saludámonos friamente, y cuando ya estuvieron terminados todos los preparativos, agarró con la diestra mano el sable y con la zurda sacó de una faltriquera el consabido gorro, encasquetándosele sin decir una sola palabra.

—¿Qué hace vd? le preguntó un padrino.

—Quiero que presencie el desagravio el que ha motivado la ofensa.

—Pero... añadió procurando en vano ocultar mi turbacion.

—En guardia! dijo mi adversario interrumpiéndome.

No hubo mas remedio; atémeme á la cabeza un pañuelo de seda para estar en iguales circunstancias que mi adversario, levanté mi chafarrote y comencé la fiesta.

Ninguno de nosotros conocia las armas; pero á pesar de esto, nos acometíamos esforzadamente, y como mi rival tenia la razon, le rompí la cabeza.

Figúrese usted cuánto no seria mi asombro al ver partido el gorro, origen de la contienda, y el cráneo de mi adversario! Con el corazon traspasado de pena y la mirada inquieta me alejé de aquel sitio de horror dejando al herido en poder de sus padrinos y del cirujano. ¡Ay! yo me marché de allí abrumado con la idea del crimen que acababa de cometer.

Pasé todo el día en un desasosiego continuo y por la noche tuve fiebre. Veia revolver á mi alrededor millares y millares de gorros que me miraban y se reian y me perseguian y acosaban sin tregua ni descanso. ¡Aquel era un fantástico mundo de gorros! Tapéme la cara con las sábanas, y nada; la vision no se desvanecia, antes aumentaba; mirábala crecer, oia en torno mio las siniestras carcajadas de aquellos monstruos de paño, cada vez mas prolongadas, mas horribles, mas próximas! Quise gritar y sentí que un gorro chorreando sangre me apretaba la garganta; ¡era mi victima! ¡era mi remordimiento!

La luz del crepúsculo matinal vino á dissipar las sombrías imágenes que durante la noche me habian atormentado. Salté con el alba de la cama, y llamé á mi criado para que me buscase el traje de casa; vino corriendo y lo primero que me presentó fué... ¡el gorro! ¡Ay! hizo mas; en su afán por servirme, se atrevió á ponerme en la cabeza, pero yo en agradecimiento le puse la punta del pié en un lugar de su cuerpo de cuya nombre no quiero acordarme.

—¡Barbaro! exclamé ¿te han pagado para que me asesines?

—Pero ¿qué es esto? ¿señorito? Me preguntó sobresaltado.

—Vete, repuse, y llévate eso.

—¿Cuál? ¿el puntapié?

—No, añadió riendo á pesar mio. El gorro.

Ya mas entrado el día, mandé preguntar por el herido, que como he dicho, vivia en el piso segundo de mi casa; pues tenia ánsia por saber de él. Mi criado volvió diciéndome que la herida era levisima, tanto que no le habia obligado á hacer cama á mi vecino, y yo respiré dando gracias á Dios que quitaba de mis hombros el peso de un crimen sangriento. Para tranquilizar todavia mas mi conciencia, escribí una carta á mi rival, manifestándole mi sentimiento, y ofreciéndole mudarme de casa; pues no queria vivir ni un día mas en parajes que habian de estar recordándome á cada paso mis tristes aven-

turas ni volver á ver la fatal niña del balcon.

El herido contestó á mi carta con otra tan atenta como breve, que decía así:

«Muy señor mío: agradeciendo como debo el interes que me demuestra, acepto los ofrecimientos de usted, y aprovecho esta oportunidad para decirle que en todo tiempo puede disponer como guste de mi amistad y de mi gorro. Soy de usted etc.»

Con la carta tuvo mi vecino la idea de mandarme como un mensajero de paz, el gorro que acababa de poner á disposicion mia.

Cumpliendo mi palabra, me mudé á los pocos dias á otra casa, donde vivo sin asomarme á los balcones por temor de tropezar con alguna vecina enamorada, y donde sabe usted que puede contar con el afecto de un infeliz mas castigado por un gorro que por la fortuna.»

Hasta aquí llegaba la carta, la cual sin quitar punto ni coma, antes bien poniéndoselas, he creído conveniente publicar para escarmiento de amantes importunos; aunque hago mal en deducir la moraleja de ella porque me espongo á que sea calificada de *fabula*, cosa que á decir verdad sentiria tanto como puede suponer el piadoso lector.

GASPAR NUNEZ DE ARCE.

(Museo Universal.)

UN TESORO.

IV.

El hijo de Plá marchó efectivamente á Barcelona; cuatro dias despues recibimos la primera carta. Conociase que el resultado de sus conferencias con el *frat* le habia hecho concebir las mayores esperanzas, y aquella carta estaba escrita con ardiente entusiasmo; aun cuando en realidad se reducía á decir á su padre:

«La escavaciones deben practicarse no en la celda prioral, sino en la que habitaba el prior: entrando en esta, se encuentran á mano derecha los restos de una alacena, abuecada en la pared. Que un hombre se coloque de pié contra el fondo de dicha alacena, despues de lo cual dará tres pasos al frente; y girando sobre la izquierda, otros seis, tambien de frente, de suerte que quede colocado delante de la puerta de entrada y á tres varas se encontrará una gran losa, con una argolla de hierro en el centro, que sirve para levantar esa piedra.»

Inútil es decir que los trabajos se emprendieron inmediatamente y con la mayor eficacia. La siguiente carta decía:

«Levantada la piedra de que hablé en mi anterior, se profundizará hasta tres varas; hecho lo cual, darán los trabajadores la espalda á la puerta de la celda ó sea la cara al norte y continuará la escavacion en forma de mina. Desde el principio se notará que está existió antes de ahora, formada por un embovedado de ladrillos, y que ha sido rellena de tierra la que se debe extraer. A las seis varas de mina se terminará esta, cortada bruscamente por la pared, que limita la celda. Es un cridiz: taladren a pared y la mina continuará: á las tres varas se encontrará interrumpida por otra pared, que es la que circuye todo el convento.»

Una tercera carta añadía:

«Como el recinto ocupado por el convento es el centro de una espaciosa cañada formada por tres montañas, el terreno empieza á elevarse precisamente contra los muros; así es, que el piso por la parte exterior es tres varas mas elevado que por la interior. Dije en mi última que tropezarian Vds. con el muro del recinto; taladren tambien, y en vez de tierra se hallará una enorme piedra por cima de la cual corre un caudaloso manantial. Desde luego debe variarse el cause de este arroyo y taladrar la piedra, que está buca: en su recinto se encontrará el nido.»

Esta carta, tan explicita como terminante, y que no dejaba lugar á duda alguna, se recibió precisamente una hora despues de haber encontrado la losa de que hablaba la primera. Es verdad que faltaba la argolla, pero en su centro, lleno de orin, se veía el agujero donde debió estar colocado el macho de aquella. Así

es que la alegría del señor Plá rayaba en delirio.

Avanzando los trabajos se fueron haciendo estrictamente todos los descubrimientos previstos por el *frat*: apareció la mina, cegada; desocúpóse y apareció el muro; horadóse, y se presentó la tierra: prolongose la escavacion y dimos con la segunda pared; varióse el curso del arroyo, y una piedra colosal, dura como el diamante, presentó sus descarnados, pardos y rogizos flancos.

Aquello era para volverse loco; mi incredulidad desaparecia por horas; cada golpe de azadón ó de pico, desmoronaba mi fé...

Plá habia perdido dos arrobas de carne en cuatro dias.

Yo, que no tenia carne que perder en razon á la escasísima que cubria mis huesos, habia depuesto la jovialidad de mi carácter y el color sonrosado que el esceso de salud prestaba á mis enjutas pero juveniles mejillas.

A la tercera carta se sucedió la cuarta, concebida en estos términos:

«Ademas del tesoro que he regalado á Vd., he encontrado un dote para mi mujer: haga Vd. que dos hombres de confianza levanten los escombros que llenan la sala que fué biblioteca y ademas los ladrillos del pavimento, inmediatos al dintel de la puerta: que profundicen en esa direccion y se encontrará un pozo cuadrado, formado con ladrillos: á dos varas de profundidad, que arranque los de la parte norte: el pozo se convierte en mina; que rompan los dos últimos ladrillos y se verá que cubren un escondrijo ocupado por una vasija de barro: esa vasija está llena de monedas de oro, y eso oro es el dote que destino á mi mujer.»

Esta escavacion, como mas fácil, se terminó antes que la principal. Cuando los trabajadores llegaron al ladrillo que ocultaba la vasija, les mandé suspender la faena, pues la emocion de Plá le impedía pronunciar una palabra.

Así que quedé solo con él en la biblioteca, le puse un hachon encendido en la mano, así un pico y le hice señas para que bajase á la mina. Plá obedeció maquinalmente: yo le seguía de cerca y vi que enormes gotas de sudor brotaban de su frente y surcaban su rostro.

Llegamos á los ladrillos designados, me arrodillé y alcé un brazo armado con el pico.

Plá faltó de respiracion, y cuyas piernas temblaban, se dejó caer mas bien que se sentó á mi lado.

Descargué un golpe y el ladrillo despidió un sonido ronco, apagado, señas evidentes del hueco que cubria.

Parecia que mi compañero habia recibido aquel golpe en el corazon: sus ojos brillaban como ascuas: sus manos, tanto era su temblor, no bastaban á sujetar el hachon que nos alumbraba.

Al tercer golpe saltó el ladrillo roto en mil pedazos y se presentó á nuestros ojos un vacío oscuro y profundo.

Plá y yo adelantamos ansiosamente la cabeza, hundimos sordidas miradas en aquel hueco y lanzamos un grito tremendo.

La vasija estaba allí, rota en mil pedazos, pero ni una sola moneda; el dinero habia sido robado.

Plá sumergió la mano y se convenció, con terror de aquella verdad.

—¡Robado! ¡Robado! murmuró.

—¡Robado!... repetí con estupor.

—¡Pero el otro! ¡El grande! exclamó dejándome adivinar su pensamiento.

—¡Oh! ¡El otro debe estar allí! No se roban 120 millones con la misma facilidad que uno.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! exclamó alegremente enjugándose el sudor.

V.

Las veladas se pasaban alegremente en la casa de don Mariano, asistiendo á ellas el señor de Peyra, el juez y el escribano, el teniente Casejust y yo, ademas de la familia de aquel.

Jugábamos al tresillo, al solo ó prendas; contábanse cuentos, hacíanse diabluras, y sobre todo, nos burlábamos de la peca credulidad del señor Plá, y de sus esperanzas de descubrir el tesoro.

En honor de la verdad, debo confesar que no era yo el que menos contribuía á aquellas burlas, y que generalmente tomaba la iniciativa, bajo el pretexto de referir algun incidente del día, para mofarme y hacer que todos se mofasen de los proyectos y las esperanzas del

buen Plá, sin considerar que de frustrarse sus deseos, iba á quedar arruinado y sometida su numerosa familia á grandes privaciones.

Pero hacia tres dias que yo, deponiendo mi papel de primer galan en aquella cruzada de amargas sátiras, dejaba que los demas se entregasen á sus nunca terminadas improvisaciones, sintiendo como remordimientos de haber sido el fomentador, por decirlo así, de ellas.

Y era no solo que mis opiniones vacilaban, sino tambien que la obstinada fé de Plá, robustecida por los descubrimientos que se habian hecho en consonancia con los datos recibidos, empezaba á apoderarse de mi espíritu, contagiado ya hasta un extremo mayor de lo que yo mismo imaginaba.

—Está Vd. pálido y cabizbajo, me dijo don Mariano.

—Le habrá faltado hoy lo cartita de costumbre, dijo el juez, sempiterno recitador de versos un tanto cuanto trólicos.

—No debe de ser eso, observó don Josefa, con su gracioso acento americano; á Vd., añadió, le sucede algo de extraordinario.

—Es verdad, me apresuré á contestar, añadiendo que todas las miradas estaban fijadas en mí: como no tengo la costumbre de padecer jaquecas, me sorprende y amilana la que me dá hoy.

—¡Tiene Vd. jaqueca!

—¡Hombre!

Y cada cual me recetó un remedio, eficacísimo todos ellos, para aliviarme de ella.

Yo ofrecí practicar todos ellos, dispuesto á no acordarme de ninguno diez minutos despues.

Y cumplí mi promesa.

Aquella noche, noche interminable para mí, lo fué de insomnio y de inquietud. ¿Por qué?... Hé aquí lo que no sabré explicar: solo recuerdo que cuando empezaba á dormitar, me parecia que corría por mis venas oro líquido en lugar de sangre.

Al amanecer me trasladé al sitio donde se practicaban las escavaciones, y contemplé con asombro y cierta salvaje impaciencia el enorme peñasco negruzco con vetas rojas, que todos consideraban macizo á escepcion de Plá y yo, que por efecto de la excitacion febril, bajo cuyo impulso estábamos, creíamos ver sus vastas entrañas preñadas de oro.

Empezaron los trabajos: treinta y tres hombres provistos de martillos, picos y azadones; se lanzaron contra el peñasco, cuyos flancos despedían el hierro de las herramientas sin conservar señal alguna de los golpes recibidos: Plá y yo estuvimos á punto de creer que aquella piedra estaba hechizada.

A las tres de la tarde la demolicion del peñasco intentada por varios sitios, no habia adelantado nada absolutamente.

Plá se angustiaba viendo aproximarse la noche.

—Recorramos á los barrenos, le dije al oído.

—¡Oh! ¡Es verdad! murmuró él.

Aquella noche quedaron practicados y cargados dos barrenos bastantes á remover una montaña; pero como la operacion de cargarlos duró hasta cerca de las 10 de la noche, me libré de concurrir á la tertulia. Los que componian esta, creían que la destruccion del peñasco no tenia otro objeto que continuar los trabajos, siguiéndolos al azar.

Yo quise dormirme desde luego, pero me fué imposible conseguirlo; parecíame que una montaña inmensa de oro gravitaba sobre mi frente, y cuando maquinalmente intentaba apartarla con las manos, solo sentia en ellas el fuego intensísimo de la calentura.

Cuando faltaban muy pocas horas para el nuevo día, empecé á quedarme alestargado: creí descansar; inútil esperanza. La oscuridad de la noche cedió el puesto á una claridad tan viva, que mis ojos se cerraron, heridos por aquel brillo que no podian soportar; mas pasada la primera impresion, vi distintamente un monte enorme cuya base se hundía en las entrañas de la tierra; cuya cima desaparecia en el éter... y que no obstante avanzaba lenta y magistuosamente á mi encuentro. Una continuacion de mil sonidos, semejante al que formaría una lluvia de pedacitos de oro cayendo sobre un pavimento cóncavo de cristal, atronaba mis oídos, filtrándose en ellos como hebras delgadísimas de vibrante oro. El monte se detuvo á algunos pasos de mí; la deslumbradora luz que despedía me envolvió como un torrente de fuego, y los senos de aquel se abrieron gradualmente en una vastísima extension, llena de accidentes. Pavimento, muros, techumbre, todo

ello estaba compuesto de rios movibles de oro acuñado, que circulaban en revueltas y rápidas corrientes unidas en un millon de direcciones opuestas, formando un espectáculo fascinador, irresistible. Respirábase allí un atmósfera de oro que embriagaba y producía una sed devoradora, pero sed de oro, que me impulsaba violentamente á correr, á apagarla absorbiendo aquellos raudales con mis secas y ansiosas fauces. Miré á mi alrededor y todo habia desaparecido: mis vestidos eran un tejido compuesto de monedas de oro á imitacion de las antiguas mallas; pero una malla movable y de curso constante: mi vestido se escapaba de su puesto, al aparecer, y sin embargo, me cubria siempre; aquello era una locura feoza, inaudita, inconcebible: el cielo, la tierra, el horizonte, el aire, el perfume, mis pensamientos, mis vestidos, mis manos... todo... todo era oro... oro donde quiera en interminable remolino... Aquella agonía era tremenda, aniquiladora, y desperté sobresaltado y cubierto de sudor.

Un vértigo terrible dominaba mi cabeza: dejé la cama, abrí el balcon y la brisa de la mañana refrescó mi frente, ahuyentando aquellas visiones.

¡Jamás me ha parecido el cielo tan hermoso ni el cielo tan puro!

VI.

A las ocho de la mañana estaban cebados los barrenos, y el fuego que debia comunicarlo á las mechas, ardía á muy pocos pasos de distancia.

Plá abatido por una emocion terrible, se habia sentado sobre una piedra, teniendo en las rodillas su sombrero calabrés. Cada uno de sus blancos cabellos, que tan venerable aspecto le daban, eran una fuente de gruesas gotas de sudor. Su mirada, fija atónita y sin expresion, estaba clavada en mí, que instintivamente comprendí lo que sus labios violentamente estrechados no podian articular.

La situacion era tremenda; una detonacion espantosa iba á sumirle casi en la miseria ó á convertirle en uno de los hombres mas opulentos del reino.

Hoy que lo reflexiono friamente, conozco todo lo que debia sentir su alma en aquellos instantes supremos.

—Señores, dije á todos los concurrentes; es preciso que nos alejemos de aquí, retirándonos á la Confreria: Julian, que ha cargado los barrenos, dará fuego á la mecha, yendo á reunirse con ustedes; el señor Plá y yo nos vamos á colocar en lo alto de aquel montecillo; dentro de la balsa donde los frailes criaban las tortugas, para presenciar la explosion. Sargento, dije al que mandaba la tropa de servicio, no consienta Vd. que nadie regrese á este sitio hasta que oiga Vd. que yo disparo una de mis pistolas.

Inmediatamente se pusieron en movimiento todos los concurrentes, aplaudiendo aquellas medidas de prevención; que creían encaminadas á evitar cualquiera desgracia; pero casi al mismo tiempo oí al oído estas palabras:

—Por un cinco por ciento se le colocará á Vd. el dinero que quiera, en Valencia, Madrid, París y Londres.

Yo hice como que nada habia oído y ni siquiera miré quien era la persona que me hablaba.

Un minuto despues estábamos solo delante de la piedra milagrosa, Plá, Julian y yo; y cuando nos disponíamos á trepar á nuestro observatorio, vimos llegar un hombre que corría con todas sus fuerzas.

Era Juan, el hijo de Plá, y ambos se abrazaron fuertemente, sin proferir una palabra; pero los ojos del anciano se cubrieron de abundantes lágrimas, que me conmovieron profundamente.

—Padre, dijo Juan, cuando hubo dominado sus emociones: ¿ha llegado el momento?

—Sí, Juan; dentro de cinco minutos estaremos en el salon subterráneo.

Poco á poco, dije yo interviniendo: ¿olvida Vd. que hay dos puertas; una de madera y otra de hierro, que serán muy difíciles de violentar?

Plá fijó en mí una mirada llena de indescriptible arrogancia; en aquel momento me pareció un rey.

Cuando me hubo contemplado en silencio, se desabotonó el chaqueton y el chaleco, desciñó un cinturón harto viejo que rodeaba su cintura, y me dijo con triunfante acento: —Esta

es la culebra del prior, y estas las llaves de las puertas.

Al pronunciar estas palabras sacó del cénfor dos llaves medianas, de complicadas guardas, perfectamente conservadas; volvió a ocultarlas, recompuso el vestido y con un ademán nos indicó que le siguiéramos.

Julian, teniendo en las manos una mecha inflamada, permaneció inmóvil al lado de los barrenos como un artillero al pie de sus piezas.

Cuando hubimos llegado a la Balsa de las Tortugas, desde cuya eminencia se descubría, dominándola, la piedra condenada a volar, hizo una señal con su pañuelo.

Julian vio la señal, se inclinó, volvió a incorporarse, dió dos pasos, se inclinó de nuevo, prendió fuego a la segunda mecha y huyó de aquel sitio por el camino de la Confrería, con la velocidad de un gamo perseguido por la trahilla.

Yo fijé mis miradas en Plá, que se apoyaba descansando el brazo derecho sobre el hombro izquierdo de su hijo.

Estaba un tanto inclinado adelante, con los ojos clavados en la misteriosa piedra, y extendido el brazo izquierdo en dirección a aquella. De vez en cuando se limpiaba la frente, que no brotaba ninguna gota de sudor, con el pañuelo, que conservaba en la mano.

Estaba pálido, pero con la palidez de un cadáver.

Su hijo le miraba atónito.

De repente vimos levantarse primero una y después otra pequeña nube de humo, que se elevaron en reducidos remolinos; y después, una detonación inmensa, terrible, que estremeció el monte que nos sustentaba y despertó bruscamente los dormidos ecos del colosal Montsan, nos ensordeció los oídos: una nube de piedras de todos tamaños, desde el volumen de una lenteja, hasta el de un gran fardo, pobló los aires, elevándose a una altura considerable. Sobre nosotros y a pesar de la distancia a que estábamos y del punto en que nos situáramos, cayó una lluvia de tierra.

Plá, semejante hasta entonces a una estatua, se animó instantáneamente, como si aquella primera explosión, hubiera destrozado las ligaduras que lo condenaban a la inmovilidad; dió un salto enorme, y semejante a una avalancha, descendió de su puesto en dirección al tesoro, que imaginaba próximo a tocar. Su hijo le seguía de cerca, mas a los cincuenta pasos se detuvieron bruscamente y cayeron al suelo como heridos del rayo.

Una segunda explosión, mas formidable que la primera, y que hizo temblar la tierra bajo sus pies y el corazón en sus pechos, vino a sorprenderlos, aterrándolos. Pero como si los impulsasen resortes inflexibles de acero, se levantaron con igual rapidez y continuaron aquella carrera, loca, desesperada, de que es imposible formar una idea.

Yo los imité saltando de piedra en piedra y procurando no dejarme entre los peñascos ó los arborescentes pedruzcos de mi vestido ni de mi carne; y cuando llegué al sitio de la explosión se presentó a mi vista un tristísimo espectáculo.

Los petardos habían levantado enormes masas de piedra y tierra, reventando por debajo a derecha e izquierda del pedrusco, uno de cuyos flancos había desaparecido, dejando franca la entrada de una cavidad, negra, profunda, pero natural, y en cuya formación no había tenido parte alguna la mano del hombre.

Plá, ante aquel desengaño tremendo y supremo, había sentido saltarle las fuerzas; dejándose caer a orillas de la gruta, fijaba en ella una mirada delirante, muy parecida a las que indican la ausencia de la razón; gruesas lágrimas bañaban sus mejillas, agitadas a intervalos por estremecimientos nerviosos.

Su hijo, reclinado contra un pared, parecía la estatua del dolor; porque el infeliz estaba sometido a la doble agonía de una esperanza inmensa, suprema y arraigada a su corazón y al espectáculo de la desesperación de su padre.

Yo me acerqué a este; le tendí una mano y pedí inútilmente a mi cabeza una frase de consuelo para aquel desdichado.

El corazón dominaba en aquel instante al pensamiento, y solo supe decirle:

—Amigo Plá: es preciso ser hombre, para buscar medios con que emprender de nuevo la obra.

El me miró como si no hubiese compren-

dido bien lo que acababa de decirle; después se incorporó lentamente; apoyó sus manos en mis hombros y murmuró con acento lleno de lágrimas:

—¡Si Vd. supiera!

Y volviéndose a dejar caer sobre una piedra, añadió sordamente:

—Pero ¡yo volveré!... ¡Yo volveré!...

Y en efecto, algunos meses después cumplió aquella especie de amenaza.

Es probable que algún día me decida a escribir esa nueva expedición.

A los noventa y tres días regresé a Tarragona, terminada mi comisión, para ser víctima de todos los preguntones que me consideraban poseedor de la mitad del tesoro descubierto y distribuido entre Plá y yo, a fin de que ni la Hacienda ni los socios de aquel recibiesen la parte que les habría correspondido.

FELIPE CARRASCO Y DE MOLINA.

(Leon Español.)

MODAS.

Hé aquí las últimas noticias que nos trae el *Correo de la Moda*:

Vestido de glase negro, con adornos de pasamanería y azabache. La falda es doble, y la de encima, que termina al canto por un jareton, está abierta por delante, aunque junta, y separándose solo por las ondulaciones de la de abajo.

Cuerpo alto y liso que baje formando pico, cuyas puntas, algo separadas, imiten a las de un chaleco, y estén guarnecidas de una trencilla ó agremán estrecho. Cuatro presillas de pasamanería colocadas de de el cuello al tallo cierran este cuerpo. Una berta de siete centímetros de anchura colocada en forma de chal, quedándose por la espalda un poco mas alta del tallo, y bajando hasta él por delante; esta berta lleva a la pegadura una trencilla ó agremán; un fleco estrecho al canto y está sembrada en su centro de flores de pasamanería.

Debajo de la berta, en la pegadura de la manga, nace una hombrera redonda guarnecida de un fleco que oculta el principio de la manga: esta es muy ancha y larga, y va ya recogido su vuelo por pliegues en la pegadura, y por otros mas pequeños en puño: una tira que se redondea en las puntas está guarnecida de su correspondiente fleco, sujeta el plegado en la muñeca, cruzándose las puntas encima de ella, y sostenida la cruz con otra presilla de pasamanería.

Sombrero de crespon blanco, cubierto de tul negro salpicado de cuentas de azabache. Al borde del ala y bavolet va un escarolado de crespon blanco, y dos blondas, una mas estrecha que la otra, van puestas al aire todo alrededor. Dos órdenes de bellotas de azabache en el ala y una el bavolet, completan el adorno de este sombrero.

Otro nuevo traje que debe adoptarse se compone de las prendas siguientes:

Vestido de moaré antique, color marrón. Albornoz de paño oseno, es decir, de un paño de pelo muy largo y el revés atigrado, de modo que no necesita forro: va adornado de borlas de cordoncillo de seda, y todo el ribeteado de una ancha trencilla de seda, tambien del mismo color del paño.

Este abrigo, de gran amplitud, debe estar cortado de manera que quede casi ajustado por delante, donde se cierra con seis botones y sus correspondientes ojales. El cuello y capuchon serán de una sola pieza, y esta ocupa solo de hombro a hombro en la parte de atrás. por delante el cuello queda separado unos cinco centímetros, y forma dos puntas, que llevan su correspondiente borla: en el capuchon van colocadas otras dos, una al borde y otra a la punta.

La manga está cortada aparte y es lisa en la pegadura, ensanchando progresivamente sobre el brazo, tomando forma cuadrada y cayendo estremadamente larga por detrás: una borla pende del ángulo de adelante.

Por la parte de atrás este abrigo está cortado como un talma de mucho vuelo.

Sombrero de terciopelo del mismo color que el traje, adornado de plumas, blondas y cintas con rayas bayaderas aterciopeladas.

El ala avanza bastante sobre la frente y queda modestamente hueca de las mejillas: tanto esta como la copa y bavolet son lisos, de terciopelo, y una ancha puntilla negra va puesta al borde del ala, formando velete, y se prolonga todo al rededor del bavolet. Una gran pluma parte de derecha a izquierda, adornando todo este lado, y en el interior del ala lleva rostrillo blanco y un lazo de terciopelo verde al lado derecho.

PAPEL PERGAMINO.

Mucho tiempo há que Brac Connat, ha descubierto que las aserraduras de madera, los tejidos de algodón y de lino podían cambiar una porción del hidrógeno que los constituye por otra de óxido de azoe que se obtiene por la descomposición del ácido azoico con el cual se tratan estas materias. Mr. Pelouze ha demostrado en seguida que el mismo principio se aplicaba al papel, y aun a esta descomposición es a la que conviene producir la preparación del algodón pólvora y la del colodion de Mr. Schoenbein. En efecto, si se toma por tipo de estas sustancias la piroxilina de Mr. Pelouze, la experiencia demuestra que es inflamable y eminentemente eléctrica, y que por efecto de la sustitución de cierto número de equivalentes, que varían de 3 a 5 de ácido hipozoico (NO⁴) a una proporción igual de hidrógeno, esta materia se vuelve un cincuenta por ciento mas pesada que el papel que ha servido para prepararla. Fundado en estas observaciones y estudiando los trabajos de Mr. Kuhlmann que ha descubierto que la lana, la seda, etc. combinadas con el azoe, eran mas susceptibles de tomar el tinte que las materias vegetales, y los experimentos de Mr. Mercer que ha demostrado que se obtenían efectos de tintura muy notables tratando los tejidos por los cloruros de zinc, de estaño ó de cal, por los ácidos sulfúrico ó arsénico, y sobre todo por los alcalis en caliente es como Mr. Gaine ha llegado a fabricar su papel pergamino.

Partiendo de este hecho conocido que el ácido sulfúrico bajo cierto estado modificaba profundamente la fibra vegetal, Mr. Gaine ha querido asegurar por experimentos cual era la fuerza exacta del ácido que debía producir el efecto en el papel que buscaba, y cuanto tiempo debía estar sometido este papel a la acción de este ácido, y no tardó en descubrir que si el papel estaba sometido a la acción de una mezcla de ácido sulfúrico concentrado (del peso específico de 1,854) y de una parte de agua, durante un tiempo que no excediese de lo necesario para pasarlo a través del ácido, se convertía inmediatamente en una materia resistente, y semejante al pergamino. Únicamente falta quitar por lociones seguidas todo vestigio de ácido sulfúrico. Si la fuerza del ácido pasase mucho ó no llegase al límite señalado se quemaría el papel convirtiéndose en dextrina. El mismo paso a dextrina se verifica si se deja permanecer el papel por espacio de algunos minutos en el ácido sulfúrico después que se ha efectuado el cambio en su textura.

En poco menos de un segundo de tiempo un pedazo de papel poroso y debilmente colado se ha tambien convertido en papel pergamino de una fuerza tal que una tira de 20 a 21 milímetros de ancho que no pesaba mas que 1 gramo 25 ha sostenido un peso de 41 kilogramos mientras que otra tira de pergamino de iguales dimensiones solo ha sostenido 25. Este papel, suave flexible como el pergamino animal absorbe el agua, mas este liquido no filtra al través de él, disminuye en sus dimensiones por efecto de la conversión mas no adquiere ningun aumento de peso, lo que parece demostrar que no encierra ninguna proporción apreciable de ácido retenido mecánicamente ó combinado químicamente, asegurándose por análisis que

no existen el vestigio alguno de azufre. El papel conserva pues completamente su identidad, y bajo este aspecto, defiere notablemente del fulmi-aldodon, de la piroxilina, etc. Tampoco es eléctrico como estas sustancias, ni mas combustible que el papel sin convertir de iguales dimensiones y del mismo peso, é insoluble en éter ó la potasa. El agua no le quita su integridad como el papel ordinario; y el calor ó la humedad no lo descomponen como el pergamino.

La fuerza de resistencia del papel pergamino, y su inalterabilidad por el agua señalan inmediatamente muchas aplicaciones útiles. Es probable que pronto reemplace la vitela en la encuadernación de libros, que proporcione una preciosa materia para consignar en él los documentos legales, las pólizas de seguros, los actos judiciales, etc. que se haga uso para la enseñanza primaria ó para formar los libros ó registros expuestos a la fatiga y al gasto. Se ha igualmente probado que el papel impreso en la prensa tipográfica ó en la de talla dulce podia muy bien someterse a la misma conversión. Finalmente algunos ensayos han demostrado que en papel pergamino podia llegar a ser un objeto precioso para la fotografía y para las diversas aplicaciones artísticas, en cuanto es susceptible de recibir sin alterar los colores molidos al agua ó al óleo.

Por todo lo que va sin firma,

J. FIOL.

PALMA.

CRONICA RELIGIOSA.

Santo del día de mañana

SAN LEONARDO, ABAÐ Y CONFESOR.

AFRECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑANA.

Salte el sol a las ... 6 hs. 34 ms.

Pónese... a las ... 4 » 53 »

Hora en que debe señalar el reloj al medio día verdadero.

Las 11 hs. 43 ms. 48 s.

AVISOS OFICIALES.

ORDEN DE LA PLAZA.

Gefe de día para mañana: el comandante graduado capitán del regimiento infantería de Luchana, don Eduardo Gelabert.

Parada, Luchana.

Hospital, provisiones, rondas y contrarondas, el mismo cuerpo.

El T. C. S. M.—Benito de Amores.

NAVEGACION

EMBARCACIONES DESPACHADAS.

Día 4.

Para Ibiza y Valencia vapor Rey don Jaime I, de 229 ton., cap. don Gabriel Medinas, con 29 marineros, 45 pasajeros, balsa y efectos.

Para Cullera laud San José, de 28 ton., patron Antonio Roca, con 4 mar. y lastre.

Para Buquía id. id., de 52 ton., pat. Jaime Abraham, con 7 mar., vino y efectos.

Para Argel id. id., de 50 ton., pat. Bernardo Palmer, con 6 mar., vino y garbanzos.

Para id. id. Carmen, de 59 ton., pat. Juan Bosch, con 6 mar., vino y efectos.

Para Malta jareque Segunda Dolores, de 100 toneladas, pat. Bartolomé Moll, con 9 marineros, azúcar y efectos.

Para Tarragona id. San Juan Bautista, de 59 toneladas, pat. Andres Barceló, con 6 mar., un pasajero, habas y efectos.

Para Cagliari pailebot Marieta de 70 ton., patron Juan Costa, con 7 mar. y lastre.

SECCION DE ANUNCIOS.

Taylor y Lowe

ÓPTICOS DE BAVIERA,

PROPIETARIOS DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA
en Madrid, calle del Príncipe núm. 12, en Barcelona, Rambla núm. 93.

POSEEDORES DEL MUY CONOCIDO INSTRUMENTO LLAMADO OPTIMETRO.

Comunmente cuando uno quiere procurarse anteojos, está obligado á experimentar muchos, que cansan las fuerzas de los órganos ópticos, y difícilmente podrá obtener el grado que los cristales deban tener para que sirvan al abieto deseado; ahora no será así graduándolos á la vista de cada individuo con el OPTIMETRO.

Por medio de este instrumento se sabe de una manera evidente cuales son los cristales que mas se adaptan á la vista, y de este modo evitar los perjuicios que causen los cristales que son mas fuertes de lo necesario. Es puro efecto de la casualidad el hallar sin tal instrumento anteojos que convengan perfectamente á la vista; tampoco podría sin auxilio determinarlos con toda precisión el mas experimentado óptico.

Al mismo tiempo recomendamos nuestros anteojos con cristales de roca para todas vistas, y que se distinguen mucho por su buen corte, pureza y concavidad proporcionada, proporcionando un reflejo muy agradable á la pupila, que lejos de cansar la vista, la conserva para poderse servir de la misma muchos años. También tenemos el gusto de ofrecer á los que se dignen favorecernos con su confianza, otra clase de cristales llamados Periscopicos que con escepcion de los cristales de roca, son muy preferibles á todas las demas, y reportan tambien muy grandes ventajas á la vista.

Ademas tenemos un hermoso surtido de anteojos de larga vista, Telescopios, gemelos para teatro, de varias clases y guarniciones y los de última invencion llamados Duquesas con 12 cristales muy cómodos y por su poco volumen preferibles á los demas; lentes de mano y á lo Quevedo, de oro, plata, plata dorada, carey, acero y búfalo; anteojos de muchas clases para señoras y caballeros, y con cuatro cristales de diferentes colores. Linternas mágicas, Cosmoramas y cristales sueltos para Panoramas, Barómetros de mercurio, aneroides y metálicos, Termómetros, Higrometros, Pesa-liecos, de plata y vidrio, Microscopios compuestos y sencillos y de Stanhop. Cuenta bilas, estuches matemáticos, brújulas sencillas y mineras y para agrimensores, celimetros, Niveles de agua y aire y con anteojos, Cartabones, Pantometras, Alambiques para el ensayo de los vinos, Máquinas eléctricas y electro magnéticas, idem hidropláticas, Medidas para agrimensores y métricas de myrtil, ballena y madera, planchas para retratos al Daguerreotipo, Manómetros para calderas de vapor, espejos de aumento, etc., y todos los artículos pertenecientes al ramo de óptica.

Los precios estan fijados con la mayor economía.

El despacho se halla en la cuesta nueva de Santo Domingo, número 54.

Nuestra permanencia en esta será de un MES.

MR. MARIGNAC.

Mr. Marignac acaba de llegar á esta capital procedente de París con un grande y variado surtido de estampas de todos tamaños en negro y de color, una hermosa coleccion de estampas coloradas para devocionarios, delanteros de chimenea del mayor gusto, una gran coleccion de grabados antiguos de los mejores autores, estereoscopos de los mas modernos y mejores que hasta el dia hayan parecido, con un surtido de vistas y grupos del mejor gusto, y tambien fotografias grandes para cuadros. Todos estos géneros se venden á precios equitativos. Hay igualmente un buen surtido de mapas de Dufour á 4 rs. uno, Atlas de 14 mapas á 24 rs., y una coleccion de buques pintados de todas clases y tamaños. El despacho se hallará abierto todos los dias en la casa de madera que acaba de construirse en la Cuesta nueva de la Pescaderia, junto al Teatro, y solo permanecerá en ésta hasta últimos de corriente mes.

AL BELLO SEXO.

En la fonda de las Cuatro Naciones, calle de las Carasas, sigue por su elegante surtido, la gran venta de pañuelos de crespon bordados en la China. A mas se han recibido dos magníficos pañuelos de cien y ciento cincuenta duros.

UTILIDAD, ECONOMÍA.

Se acaban de recibir de Madrid los polvos vegetales para la dentadura, de cuyas maravillosas cualidades basta decir que cortan el cáries de las muelas y dientes, é impidiendo haya en las encías sangre detenida, evitan con toda seguridad las enfermedades de la dentadura. Plaza de Cort, frente á la cárcel, tienda. En la misma se han recibido de Cataluña paños mesclas, diagarrados y cuadros, desde 8 1/2 sueldos palmo, cueros desde 14 1/2 pesetas corte, cuero de algodón á 9 cuartos palmo y otros artículos de lana y algodón. Hay tambien lámparas de bomba de cristal.

AL ESCUDO PALMESANO

Gran surtido de ROPAS HECHAS para la presente estacion de invierno.

El dueño de este gran establecimiento convencido al darle vida que debía sostenerlo al nivel de los adelantos del siglo, no omite constantemente medio alguno para servir á sus favorecedores de toda categoria, con el buen corte y toda clase de géneros desde el mas económico al de mas elevado gusto y calidad; tanto de las mayores fabricas del reino como del extranjero. Cuesta d'en Brosa número 34.

GRAN BARATO DE PAÑOS,

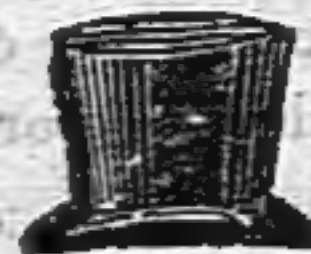
PLAZA DE S. FRANCISCO NUM. 27.

Acaba de abrirse un establecimiento de géneros para invierno, á precios extraordinariamente baratos, como son: paños de todos colores y de todos precios: idem mezclas del mejor gusto para trajes: idem cuadros para trajes de caballero: idem salenes negros: idem castores: idem pañuelos de lana: idem de algodón: idem tartan para forros.

TIENDA DE VIDRIOS PLANOS.

PLAZA DE CORT, NÚMERO 54.

En ella hay un grandioso surtido de vidrios planos de las mejores fabricas del reino, como igualmente un grande depósito de lunas azogadas para espejos, de reinos extranjeros. Dichos artículos quedan anunciados desde hoy á fin de que puedan surtirlos las personas que necesiten de ellos, con mas baratura que en ningun despacho de la isla, como igualmente canales y cañerías de hoja de lata y de zinc.



A LA NOVEDAD PALMESANA.

Gran bazar de sombreros y gorras á la última perfeccion y á precios módicos como son: 1.ª clase á 50 y 56 rs. uno; 2.ª clase 32, 36 y 40 reales id.; 3.ª clase 22, 26 y 28 rs. id.; advirtiendo que el que desea hacer cambio de usado con nuevo se le abonará segun su estado 4, 8, 10 ó 12 rs.; á mas todos los domingos por la mañana se plancharan los sombreros de valde; tambien se recomponen sombreros dejándolos á la moda.

El establecimiento está situado calle de Bastardos, número 28.

En el mismo establecimiento se acaba de recibir un gran surtido de paraguas y sombrillas de todas clases y precios sumamente módicos, como son: paraguas de 16 reales hasta 80; sombrillas de 10 reales hasta 90; igualmente hay un gran surtido de varios géneros de quincalla los cuales se ofrecen á precios sumamente baratos.

ALQUILER.—En la calle de la Mision, yendo á la de los Olmos, hay un primer piso para alquilar con tres cuartos, dormitorios, cocina y agua de fuente.

AL PÚBLICO.

Se estan esperando dos grandes buques noruegos cargados de tablones, madera roja, superior calidad, procedentes de los principales puntos de Suecia, y mejores que los que se descargan del señor Cetre; se espenderán sobre el Muelle á 12 1/2 duros la docena de 21 palmas todo lo mas.

LOS PADRES, TUTORES, Y DEMAS EN-
cargados de mozos que han de entrar en el próximo sorteo de provinciales, y quieran entrar en concordia, se avistarán con don Gerónimo Forteza que vive en la plazuela de las Copiñas.



El vapor correo El Rey D. Jaime I. de la fuerza de 200 caballos, su capitán don Gabriel Medinas, saldrá de este puerto para el de Barcelona el VIERNES 6 del corriente á las CUATRO de la tarde con la correspondencia.

Admite cargo y pasajeros.
Se despacha en la plaza de las Copiñas núm. 44.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE PEDRO J. GELABERT,

Pas d'en Quint n.º 74 y Plaza de Cort n.º 38.

SE VENDE

GUIA DE MONSERRAT

DE SUS CUEVAS.

OBRA ESCRITA POR

DON VICTOR BALAGUER.

Esta obra contiene: un itinerario para los forasteros y extranjeros; la historia y tradiciones del monasterio; la descripción de la montaña, la de las ermitas y capillas; las tradiciones de Juan Garin y del hallazgo de la Virgen; unas curiosas efemerides del santuario, los detalles del templo antiguo y del moderno; la reseña de las joyas que antes poseía la Virgen y de las que posee ahora; la historia de la destrucción del edificio por los franceses; la descripción de la ceremonia que tuvo lugar con motivo de los regalos régios, una serie de curiosos y notables apéndices y una descripción detallada y exacta de los admirables cuevas de Colibato.

Acompañan á esta obra tres láminas grabadas en boj.

PRECIO DE LA OBRA: En rústica 7 reales y en pasta 10.

CALENDARIO

Y
ALMANAQUE RELIGIOSO, INSTRUCTIVO, CRONOLÓGICO, HISTÓRICO, PROFÉTICO, ASTRONÓMICO, POPULAR Y DE ECONOMÍA,

PARA LAS ISLAS BALEARES

MALLORCA, MENORCA E IVIZA,

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE

1858,

Dispuesto con arreglo al Meridiano de Palma, aumentado con una multitud de curiosidades que sirven de recreo y entretenimiento. Adornado CON 15 GRABADOS que representan varios objetos.

PALMA:

Imprenta de Pedro José Gelabert, editor responsable.

Por el Editor
P. J. Gelabert